

Y ahora, henos a todos a bordo del *Vengador*! ¡Sí, la fatalidad ha terminado por juntarnos a todos en sus temibles flancos!... ¿Qué va a ser de nosotros?... ¿Qué harán de nosotros... y de ellos?... ¡De los que han sido prometidos a la venganza de los ángeles de las aguas, y que ya no vemos bajo ningún pretexto deslizarse por las crujiás o agruparse en la gran sala para presenciar algún nuevo espectáculo, o ceremonia temible!...

¡No, ya no se les ve! ¡Ya no se les oye!...

¡Están encerrados en su cárcel, en las entrañas del *Vengador*, y nadie siente el deseo de aproximarse, de bajar hasta allí!... Unos veinte hombres armados hasta los dientes y que a despecho de todos los acontecimientos y de todas las esperas, han conservado su cariño al capitán Hyx y el sentimiento de disciplina, no se mueven de la puerta que conduce a la cárcel de los prisioneros prometidos al suplicio, y esto menos por vigilarles que por protegerles contra los intentos salvajes de los otros ángeles de las aguas que rondan alrededor de los pedazos de carne humana prometida y que acechan su presa!... ¡Y que no quieren dejar escapar!

¡Pues no confían ya en nadie, en nadie!... ¡Y se oyen te-

ribles murmullos en el fondo de los camarotes de la marinería contra el amo, y en más de una ocasión, éste se ha cruzado con sombras que hacían gestos amenazadores!... ¿Qué espera para dar la señal?... ¡Hace ya ocho días que aquel von Treischke está a bordo, y todavía no se ha empezado la obra de represalias!

Los ángeles de las aguas no ignoran que el capitán Hyx ha recobrado a su esposa... ¿Pero es que ellos han recobrado a las suyas? ¿La llegada de aquella dama velada de negro a bordo del *Vengador* ha resucitado por ventura a los padres y madres, a las hermanas y novias y a los niños martirizados por los boches?

¡Vamos! ¡Vamos! ¡Se les han prometido mártires y los reclaman!...

¡Oh! ¡Aquellos últimos días pasados a bordo del *Vengador*!

Ahora que toco al fin de esta formidable aventura—por lo menos así lo espero, y ¡oh Dios mío, te lo pido con toda la fuerza de mi alma!—, ahora que puedo medir todo el camino recorrido desde la noche de Navidad en Funchal, y contar todos mis males, todas mis llagas, todos mis suspiros, comparo y digo que nada, nada ha sido tan espantoso como aquellos últimos días; pero apresurándome a añadir que tampoco nada tan hermoso como las últimas horas de aquellos días malditos...

Y por haber visto aquellas horas, quiero, ¡oh Dios mío!, olvidar muchas cosas.

No había vuelto a ver Amalia, y no intenté aproximarme a ella. Se me había hecho saber que desde que la «familia» se había reunido, no se separaban.

Así, pues, el capitán Hyx, que había recobrado a su esposa, había devuelto a von Treischke la suya...

¿Pero que podía importar aquello a la tripulación?

Y también yo me paseaba, o mejor dicho, también yo vagaba como un loco, en aquel navío lleno de fantasmas y locos... Y había ciertos momentos en que me deslizaba por

las crujiás, en torno al departamento de la familia von Treischke, ciertas horas en que me arrancaba la carne con las uñas, experimentando un áspero gozo en torturarme, sin que tuviese necesidad de los verdugos oficiales del *Vengador*, en el interior de los departamentitos enrejados...

Cada día, cada noche que transcurría aumentaba nuestra horrible angustia, la opresión de nuestros corazones... pues había encontrado al doctor y al *midship*, los que también me habían dicho no comprender nada de lo que pasaba, o mejor dicho, de lo que no pasaba, apresurándose a añadir que temían lo peor; *pues no se podía dirigir la palabra al capitán Hyx, pues a nadie contestaba...*

Durante aquellos días hubo, sin embargo, un gran movimiento en las bodegas del navío, que fueron cerradas con candados, y nadie supo lo que significaba aquel ruido y aquel movimiento. Hicimos así dos rápidos viajes, siempre entre dos aguas, y nadie hubiera podido decir dónde nos encontrábamos entonces. También hicimos una escala en el fondo del mar sin saber tampoco el lugar...

¿Dónde estábamos? ¿En qué lugar nos hallábamos entonces?... Eran éstas preguntas a las que nadie podía contestar, pues el mismo capitán Hyx, siempre silencioso, dirigía la maniobra en persona...

Por fin, una mañana que tendido en un diván de la gran sala de mármol estaba sumido en la lectura de no recuerdo qué libro cogido en la biblioteca, sentí que me golpeaban en la espalda y me volví: ¡tenía ante mí al capitán Hyx!

Ya he dicho que no llevaba más el antifaz; pero jamás me pareció tan sombrío y misterioso.

—Señor Herbert de Renich, todavía no le he expresado a usted mi gratitud; sé todo lo que usted ha hecho por mi mujer—me dijo—. Es usted un valiente y un hombre honrado... ¡Quizá el único que conozco! ¡En todo caso, el único en quien puedo tener confianza!...

Dicho esto, llamó al Irlandés, que estaba en la galería su-

perior, encargándole que vigilara para que nadie viniera a molestarnos ni que penetrara en la gran sala.

Apoyó luego la mano en un rincón del tabique, como ya en otras ocasiones le vi hacer, y casi instantáneamente se separó la célebre tapicería de Ruyter, deslizáronse las contraventanas de hierro del *Vengador*, descubriendo el grueso cristal a través del cual habíamos asistido ya a tantos espectáculos submarinos instructivos o trágicos...

Los faros iluminaban con toda su potencia el fondo del mar, y mis asombrados ojos vieron ¡una ciudad en el fondo del mar!... ¡Una ciudad con sus templos, sus calles, sus plazas, sus atrios, su ciudadela!...

Había lanzado yo una sorda exclamación y mis manos se juntaron ahora:

—¿Es posible?—exclamé—. ¿Qué ciudad es ésta?...

—¡No lo sé!—me contestó el capitán—. Me he paseado por esas ruinas milenarias, diez veces milenarias; pero no conozco el nombre de esa ciudad... Se conocerá un día... un día que algún nuevo Champollion vendrá a descifrar los extraños caracteres que no pertenecen a ninguna escritura conocida; pero que se leen aún en el frontispicio de sus monumentos... En todo caso, era una ciudad de civilización refinada... una ciudad que debe pertenecer a esa misteriosa Atlántida, a ese continente que prolongaba el Africa hacia el Oeste, a juzgar por lo que nos dicen ciertos historiadores antiguos y que fué cubierto de pronto por las aguas del Océano... Yo no creo, como se pretende, que esa depresión del terreno y esa invasión de las aguas hayan sido tan rápidas...

El cataclismo—continuó el capitán Hys apoyando su ardorosa frente sobre el cristal—, el cataclismo debió ser previsto, pues no he encontrado huellas de la muerte súbita de una ciudad como en Pompeya y Herculano... Los habitantes huyeron llevándose sus riquezas... pues tampoco he hallado ninguna... ¡No hay más tesoros en esta ciudad que los que a ella trae el capitán Hyx!...

Entonces vi avanzar por la calle principal, que perfilaba su prodigioso corredor ante nosotros, equipos de buzos que arrastraban grandes cofres herméticamente cerrados que depositaban en el subterráneo de un vasto edificio, volviendo de nuevo los buzos del *Vengador* en busca de nuevos cofres...

—¡Los millones de los galeones de Vigo!—me dijo el capitán—. ¡Herbert de Renich, contemple el desfile de los miles de millones de los galeones de Vigo!..

—Esos hombres, que fueron mis soldados de la gran batalla invisible, no saben, no sabrán nunca, en dónde se encuentran esos miles de millones... ¡Ellos tienen ya su parte; nada les debo!... y por su parte, sólo les resta el ordenar mis tesoros... ¡Pero el punto del mapa del mundo en que yacen esos tesoros, el lugar perdido en el fondo de los mares en el que se levanta la ciudad de la antigua Atlántida que guarda mis tesoros, lo ignorarán siempre!... Sólo yo soy el único en saber exactamente en dónde nos encontramos, en qué grado de latitud y longitud!... ¡Señor Herbert de Renich, mire en ese mapa!... ¡Estamos aquí, exactamente aquí! Y como ve en el mismo mapa, los fondos no son tales que hagan imposible el descender hasta ellos a los aparatos corrientes... Los he escogido expresamente, porque no sabemos lo que puede ocurrir...—dijo sacudiendo la cabeza singularmente—. ¡Y ahora—continuó—, sólo hay dos hombres en la tierra que sepan en dónde se encuentran esos miles de millones: usted y yo!..

Dicho esto dejó caer su cabeza sobre el pecho... Transcurridos algunos instantes de silencio que no interrumpí, dijo con fuerza:

—¿Qué hacer de ellos? ¿Qué debo hacer con ellos? ¿Darlos cuanto antes a la causa de la civilización? Lo haré en cuanto tenga seguridad para hacerlo... En estos momentos no puedo ni pensar en ello, pues se me acosa en el mar, ahora que se sabe de qué prodigiosa mercancía he llenado, en varias ocasiones, los flancos del *Vengador*...

Los mares del Norte me están momentáneamente vedados si quiero librar a este oro, rescate del mundo, de cualquier peligro. He resuelto, pues, que ese oro reposara ahí por el momento... *Pero si por algo imprevisto me viera imposibilitado de venir yo a buscarlo, ya sabe usted dónde se encuentra, señor Herbert de Renich...*

Estreché la mano del capitán Hyx en silencio. Me era imposible hablar: de tal manera me abrumaba tan terrible responsabilidad.

Cerráronse las contraventanas de hierro, la tapicería de Ruyter se deslizó sobre la visión de la Atlántida y del pecho del capitán se escapó un espantoso suspiro.

—¡Dios mío! Usted sufre, capitán... ¡Se ahoga usted!... Estas luchas extraordinarias, esas preocupaciones fabulosas... ese oro, prenda de la victoria...

—¡Ay de mí!...—gimió dejándose caer sobre el diván—. ¡Sepa usted que todo eso no me arrancaría ni un suspiro, ni una lágrima!..

—¡Sí, ya lo sé, capitán! ¡Conozco el conflicto que divide a usted y a los ángeles de las aguas! ¡Pero no era de prever?... ¡Qué importa! ¡Recobre el valor, capitán; olvide las penosas horas pasadas y los razonamientos del demonio, y no dudo que hará usted triunfar a la humanidad!

—¿Qué galimatías es ése?—gruñó poniéndose de pie—. No se trata de nada de eso, sino de mi mujer, cuya conducta conmigo es inexplicable... Y si le hablo de ello, señor Herbert de Renich, es únicamente con la esperanza de que me ayude usted a explicármela...

—¿Qué pasa, pues?—pregunté en un tono del más amistoso interés y con gran curiosidad al mismo tiempo.

—Pasa que no la reconozco en la manera que tiene de tratarme... Cualquier pretexto es bueno para alejarme de ella, a mí que no vivía más que para ella y ella que no vivía más que para mí... ¡No! ¡No! No la reconozco... Ciertamente que después de las terribles aventuras de estos últimos días, ha habido en ella una distensión nerviosa que la ha

abatido hasta el punto de necesitar los más solícitos cuidados y un reposo completo... ¡Lo comprendo!... ¿Pero qué quiere usted?... Hay en ella una turbación cuando me acerco, totalmente incomprensible para mí... ¡Y nunca estamos solos!... No quiere que la doncella la deje ni de día ni de noche, y siento que mi presencia la cohibe... Mejor aún, o más exacto, peor que eso... estoy seguro que teme mi presencia... ¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Podría usted decírmelo? ¿Sabría usted el porqué?... La he interrogado lo más humilde y tiernamente posible... Sólo me ha contestado una cosa, que se halla en un estado de extrema debilidad y que no recobraría fuerzas hasta que no haya desembarcado a todos mis prisioneros en Inglaterra, y les haya puesto en manos de las autoridades británicas...

—¡Eso está muy bien!... No dude usted que lo que pone mala a Mrs. G... es precisamente que no se haya hecho ya cosa tan sencilla... No le oculto a usted que la he puesto en antecedentes de los peligros que corren los prisioneros a bordo del *Vengador*, capitán... Y conociendo como conoce su alma, ¿cómo puede usted dudar que no muera de eso?...

El capitán Hyx me miró largamente, e hizo un movimiento hacia la puerta diciéndome:

—¡No!... ¡Hay algo más!... ¡Algo más terrible que todo eso!... Y es necesario que yo lo sepa...

En aquel momento le entregaron un telegrama recibido por el servicio inalámbrico del *Vengador*.

—¡Muy bien!—exclamó, recobrando por completo aquel sombrío aspecto que le conocí en otro tiempo y que tantas zozobras me produjo—. ¡Muy bien! ¡Un combate naval! Mi servicio de espionaje de Alemania me comunica que la flota alemana prepara una salida en el mar del Norte... Voy a advertir inmediatamente al almirante inglés... y acudiremos al combate nosotros también... Esperemos que acudiremos a tiempo para ser útiles a nuestros amigos... ¡Y *¡quiera Dios que también nos pueda ser útil a nosotros ese combate mortal, si ya no ha de haber amor en el mundo!*

Al terminar esta frase huraña salió de la sala, y yo me disponía a hacer lo mismo, cuando me pareció oír algo que se removía detrás de mí y deslizarse una sombra detrás de los muebles y me precipité detrás de ella. Pero no la encontré.

Creí reconocer al sobrino de von Treischke. ¿Se hallaba, pues, a bordo? Sin duda había sido hecho prisionero cuando el ataque del castillo de la Coya...

¿Pero cómo erraba así a la ventura en el *Vengador*, en lugar de estar encerrado con los demás?

Todo era posible, debido al estado de anarquía en que cosas y seres se hallaban a bordo...

Lo terrible era que quizá hubiera oído mi conversación con el capitán y que, en ese caso, no ignoraba de qué formidable secreto era depositario el insignificante Herbert de Renich.

XXIX

CUÁL FUÉ EL PABELLÓN QUE SUBSTITUYÓ AL PABELLÓN NEGRO DEL «VENGADOR» Y PARA QUÉ GLORIOSO FIN

GANÉ mi camarote en un estado moral bastante pésimo. Corrí los cerrojos y no abrí más que a Buldeo, a quien telefoneé para que me trajera un pedazo de pan y una barra de chocolate.

Quise retenerle para inquirir lo que pasaba. Me contestó que creía que se iba a terminar en seguida con los prisioneros y que *no era demasiado pronto...*

Dicho esto, desapareció... Tenía su acostumbrada cara, calmosa y fatal, y lo que me decía era más espantoso...

Toda la noche oí en las crujías pataleos, voces de mando, choque de culatas de fusil en el suelo, llamadas; sobrevenían luego intervalos de silencio seguidos de ruidos ahogados... Y en la madrugada resonaron de pronto clamores ensordecedores y aullidos de demonios... Luego, ¡nada! Un nuevo silencio, silencio de muerte esta vez... ¡Sí; se hubiera dicho que todos habían muerto!

Entonces me arriesgué a entreabrir la puerta de mi cabina y me deslicé a mi vez en aquel corredor en el que habían resonado tantos ruidos terribles desde hacía un número de horas que no me sería posible precisar, y avancé sin rumbo para saber...

De pronto un murmullo, una especie de melopea guió

mis pasos, que me condujeron a la capillita, que hallé llena de una multitud atenta, que reconocí con dificultad.

Eran, sin embargo, los mismos hombres que allí había los que en días anteriores vi pasar con aspecto salvaje, reclamando sangre... Pero aquellos rostros, desfigurados poco ha por la más feroz de las pasiones—la de la venganza—, mostrábanse ahora enternecidos por no sé qué visión de justicia y bondad... y aquellos ojos, en los que brillaban la víspera las ansias de verdugos, velábanse ahora de la tierna gasa de las lágrimas vertidas sobre las tumbas de los mártires y santos...

Una voz de mujer había realizado aquel milagro.

Aquella mujer erguíase sobre el más alto escalón del altar y dominaba a toda la asamblea.

A sus pies había rodado el cuerpo palpitante de Amalia: mi amiga bien amada estrechaba desesperadamente entre sus brazos a sus hijitos...

La horda de los boches, pálidos de horror y que habían sentido pasar el huracán de la terrible represalia del implacable Dios de la Biblia—ojo por ojo y diente por diente—, la horda de boches, medio ensangrentada ya y que ya había dejado pedazos de su carne entre las garras de los Angeles de las aguas, llenaba con su desmayado suspiro y con su ronco estertor un rincón de la capilla, a los pies de aquella que acababa de salvarles por el solo poder de su dulcísima e inesperada voz...

Era el espíritu, el sopro sagrado de Miss Campbell, y era también el alma generosa de la Francia eterna, la que pasaba en la palabra de la *dama velada*, hija de Francia...

Sentado en su cátedra, miraba al hombre vencido, al célebre capitán, que, también él, lloraba como un niño...

¡Ah!, de qué admirable corazón salía todo lo que les decía aquella mujer que había rechazado lejos de ella todos los libros del suplicio y que hablaba en el solo nombre del Progreso y del polvo humano en las resplandecientes vías de la Divinidad...

Y cómo los tóricos argumentos del amo del *Vengador* eran barridos por aquella clara voz de cristal, tan frágil y, sin embargo, tan vibrante y de más efecto en los profundos arcanos de la conciencia humana que las fanfarrias de la carnicería y de las represalias, que resuenan al oído de los guerreros, alegre y triunfalmente embriagados de sangre, después de su victoria...

Y con el solo poder de su dulce voz había vencido a aquellos demonios y les había arrancado al infierno... ¡Y lloraban ahora con ella sobre las calamidades humanas, y rogaban con ella para que aquellas calamidades se apaciguaran un día, un día que no sería de venganza, sino de justicia; un día que vería pesar en la balanza el bien y el mal sin trampa, sin cólera y sin flaqueza!

¡Pero cómo dar una idea de aquella elocuencia, tan dulce y ardiente, de una llama tan santa! ¡Era necesario oír a aquella mujer!... Como decía Esquino de Demóstenes a sus alumnos, extasiados después de haberles leído el discurso «Por la Corona»: «¡Ah! ¡Si hubierais oído al monstruo!»

¡El monstruo era aquel ángel!

Era aquella hermosa francesa, que desde el fondo del abismo en que se hallaba sumida, en el centro del espanto erguía como la única fuerza moral capaz de detener la desesperación del mundo...

.....
¿Pero qué ocurre de pronto? ¿Por qué esos gritos? ¿Por qué ese tumulto, ese torbellino? ¿Por qué aquella tempestad en el seno de aquella asamblea que parecía haber reconquistado la calma suprema de la suprema razón, la paz de la justicia y de la piedad? ¿Qué nuevo delirio, qué última locura agita al capitán Hyx? ¿Y por qué se debate su mujer entre sus brazos? ¿Y por qué los levanta ella tan desesperadamente? ¿Y por qué ha lanzado Amalia aquel grito desgarrador y por qué lucen a su alrededor puñales y se la llevan aquellos energúmenos?...

De pronto comprendo y veo: el capitán, en su entusias-

mo por aquella que había ganado a todos a la bondad, había caído de rodillas ante su esposa y *le había cogido lo que él creyó sus manos...*

Y he aquí por qué grita ahora:

—*¡No tiene manos!...*

*¡Los miserables le habían cortado las manos en Bélgica!
¡Y las falsas manos, cubiertas por los mitones, han sido arrancadas y ya no son más que dos muñones lo que la dama velada levanta desesperadamente por encima de la multitud delirante... que exige que se comience en seguida por cortarle las manos a Amalia!...*

.....
Así, pues, ¡oh Dios mío!, he ahí la cosa que era más temible que todo lo demás y que había sentido la angustia y la inquietud del capitán Hyx: la *dama velada* no tenía manos. ¡Se las habían cortado los boches!

¡Cómo se iluminaba todo bajo aquel fúnebre resplandor! ¡Qué naturales eran para mí los gestos de la *dama velada* en Renich y demás partes, ahora que sabía que todos sus gestos, todas sus palabras tendían a ocultar aquella mutilación!

No podía decir: «No *puedo* escribir», porque aquello era decir casi la verdad o ponerme en camino de ella... y decía: «No *quiero* escribir».

Por lo mismo *no tenía el derecho de tocar a una escalera, ni podía atar una cuerda*, cuando su evasión... ¡Todo se explicaba!

Supe después que von Treischke había recibido la orden de matarla cuando supieron las autoridades boches que en la general carnicería habían cortado los suyos las manos de aquella ilustre francesa, casada con el riquísimo norteamericano M. G., un neutral...

Era, pues, necesario que aquella prueba de su barbarie desapareciera para siempre... Pero sabedor von Treischke que dicho norteamericano había pronunciado contra él

amenazas demoníacas, halló prudente el salvar la vida a Mrs. G..., ocultarla y hacer de ella un rehén que bien pronto le fué de un valor inestimable cuando supo que su propia mujer era prisionera de M. G.

Von Treischke no corría el riesgo de ser traicionado por la *dama velada* en la época que ésta vivió en el Luxemburgo entre los boches, pues bien sabía Mrs. G... que una palabra imprudente significaría para ella una sentencia de muerte. Por otra parte, era constantemente seguida por su ama de gobierno, viéndose, además, imposibilitada para escribir...

En España, adonde el Tigre la había traído para hacer de ella un cebo a los fines de recobrar a su mujer, ya hemos visto de qué forma la tenía encerrada...

Lo que hay que explicar aún es que la *dama velada* no sólo había guardado su cruel secreto por ella misma, sino, sobre todo, por los demás... Por aquella que era la víctima designada por su marido, si llegaba éste a saber que había sufrido una tal mutilación, y por todos aquellos destinados a su venganza, a sus represalias, a las torturas más abominables...

Esperaba, pues, salvarles revelando su existencia al capitán, pero sin reunirse con él hasta después de que todos aquellos desgaciados estuvieran fuera del alcance de su ira.

¡Buena y dulce, soberana y divina Mrs. G...! ¿Iba acaso a derrumbarse tu sublime obra de caridad en el instante mismo en que tú creías verla coronada?

¡No! ¡Dios no lo quiso!

Cuando todo no era más que confusión y la sangre iba a derramarse bajo el puñal de los verdugos vengadores, el *midship* se precipitó entre aquellos locos clamando el zarrancho de combate...

Al oírlo, todos recobraron la sangre fría, o, mejor, su furor se desvió hacia el temible enemigo y ya nadie conoció más que a él.

Pero entonces apareció el ingeniero Mabell diciendo que se había paralizado el funcionamiento de los *watterballasts*... Sin duda debía ser un golpe de algún prisionero, pues el navío, que navegaba sobre la superficie, no podía sumergirse...

—Pues bien, combatiremos mirando a los cielos—exclamó la *dama velada*—, ¡y Dios nos contemplará!

—¡Que icen mi pabellón negro!—ordenó el capitán.

—¡No! ¡Se acabó el pabellón negro!—volvió a exclamar la noble mujer en un arranque de sublime inspiración—. ¡A bordo de mi navío quiero que se enarbole el pabellón tricolor!

Y se izó sobre el *Vengador* el pabellón tricolor...

La palabra de fuego de aquella mujer sobrehumana abrazó nuestros corazones. Todos nos sentíamos héroes, precipitándonos al peligro...

También yo me precipité al puente. Estábamos en plena batalla. No os la describiré, pues es de todos conocida. Se han hecho bellos relatos de aquellas nobles hazañas; y si en ellas no se habla oficialmente del épico fin del *Vengador*, es que se oponían altas razones diplomáticas...

¡Pero yo asistí a aquello!

Vi al *Vengador* disparando sus cuatro cañones hasta el último soplo, descargando sus torpedos hasta el último aliento...

Vi su tripulación o, mejor dicho, lo que de ella quedaba, agrupada en el puente cuando el despojo glorioso, destrozado, haciendo agua por todas partes, se hundía lentamente en el mar...

Aquellos hombres cantaban bajo el plomo enemigo, en medio de las ruinas sangrientas que habían hecho y con las que habían cubierto el mar...

Vi estrechamente enlazados bajo los pliegues del pabellón tricolor al capitán Hyx y a su heroica esposa...

Y oí a ésta hasta el último instante cómo entonaba el himno sublime con el que se hundieron antaño en las ondas los marinos de Villaret de Joyeuse, «los marinos de la República que tripulaban el navío *el Vengador*»...